

# 3

## El motivo de la cierva astada en la literatura griega

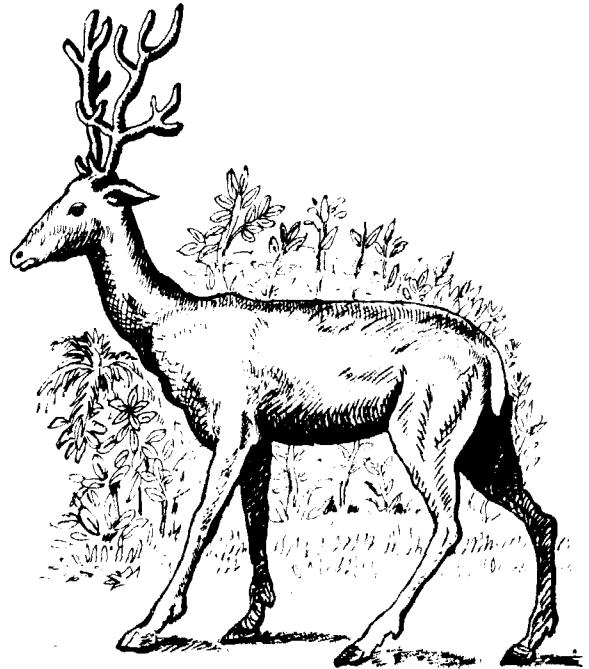
Por Mariano BENAVENTE BARREDA (\*)

Hay que empezar diciendo que Eliano tenía razón. Cuando con insistencia y de modo prolijo (1) nos viene a decir que la afirmación de que las ciervas no son astadas no es del todo rigurosa, tenía razón. Pero, como tantas otras veces ha ocurrido y ocurre, su argumentación resulta incompleta, insuficiente. Y esto porque Eliano argumenta con textos de poetas. Y los poetas, en líneas generales, no suelen ser jueces idóneos en cuestiones zoológicas (2). Pero no queremos ser muy severos con Eliano. No podemos, en justicia, censurarle acremente, cuando otros después que él, con más medios para no errar y, por tanto, con más culpa por haber errado, han incurrido asimismo en falta de rigor o en vaguedades y generalidades que muy poco tienen de científicas. Se impone, por consiguiente, que, una vez hecha nuestra pequeña declaración programática, vayamos explicando las cosas y desglosándolas de modo sistemático, para no caer nosotros en el defecto que vamos a censurar en otros. Consideraremos los siguientes puntos:

1.º Ante todo, cuando el diccionario de Liddell-Scott (3) nos dice de ἔλαφος «...Fem. as generic term, in Trang. and X. "Cyn." 9.11, 10.22...» afirma algo que es verdadero sólo a medias: es cierto, en efecto, que en Jenofonte, «Cinegético» (en los textos citados y en otros que no cita) (4) ἔλαφος es voz de género epiceno bajo forma femenina. No es cierto, en cambio, por lo que se refiere a la tragedia: En Sóf., «El.» 568, por ejemplo, ἔλαφος es masculino. Los dos adjetivos que le acompañan aparecen en forma claramente masculina. En Sóf., «Ed. Col.» 1093, por seguir con el mismo trágico, las voces que acompañaron al referido sustantivo lo mismo pueden ser masculinas que femeninas, pero tampoco puede afirmarse que es femenino. Por último, en el otro texto sofócleo en que encontramos el término ἔλαφος, en el fragmento 89 Pearson, que luego estudiamos con más detención, es femenino. Femenino, sí, pero en modo alguno «as generic term» (5). Tampoco dice el prestigioso léxico de Liddell-Scott, verbigracia, que ἔλαφος es asimismo epiceno bajo designaciones femeninas en las fábulas esópicas (6).

Pero no nos metamos sólo con el dicc. de Liddell-Scott. Manuales tan conspicuos y justamente prestigiados como

el de Schwyzer-Debrunner (7), por ejemplo, que tanta extensión conceden a otros temas, despachan al género epiceno con cuatro mantazos (si se nos permite la jerga taurófila) y nada o casi nada nos dicen al respecto del vocablo ἔλαφος. Y este nombre (como λέων y κύων, por citar tan sólo otros dos sustantivos importantes por lo que a esto se refiere) merecería un estudio monográfico (8), que abarcara todas sus facetas dentro del género griego y a través de todos o casi todos los más importantes textos helenos.



2.º Independientemente del sugestivo problema de ἔλαφος como ἐπιχοινών, existen en la poesía helénica hasta ocho (que sepamos) pasajes en que, de modo claro y rotundo, se habla de una cierva, de una auténtica y real cierva, provista de cornamenta:

a) Cuatro en la tragedia: Sóf. fr. 89 Pearson; Eur., «Hercules» 375-376, Eur. fr. 740 Nauck y Eur. fr. 857 Nauck (a Eurípides puede que alguno le haya acusado de contumacia por esto, pero luego veremos que sin razón).

b) Tres en la lírica: Pind., «Ol.» 3, 29; Anacr. fr. 51 Bergk (= 39 Diehl); y Simónid. fr. 30 Bergk.

(\*) Doctor en Filología Clásica. Catedrático de Griego del Instituto de Bachillerato «Santa Catalina de Alejandria» (Jaén).

(7) Cf. Schwyzer-Debrunner, «Griech. Gramm.», Zweiter Band, «Syntax...», München, 3.ª ed. no correg., 1966, págs. 30-32.

(8) De antemano pido mil excusas si tal trabajo ya existe en algún rincón o parcela de la bibliografía especializada inaccesible a la planta de este humilde catedrático de provincia, que apenas si cuenta con más libros que los propios. En la bibliografía más común y asequible no figura.

(1) Cf. Eliano, «De nat. anim.» 7, 39.

(2) Gustavo Adolfo Bécquer, por ejemplo, confunde, en una de sus más famosas rimas, los aviones comunes con las golondrinas comunes. Estas, en efecto, no cuelgan su nido en los balcones, mientras que aquéllos sí. V., verbigracia, Bruun-Singer, «Guía de las aves de Europa», trad. esp., Barcelona, 1971, págs. 200-201; Peterson-Mountfort-Hollom, «Guía de campo de las aves de España y demás países de Europa», trad. esp., Barcelona, 1967, págs. 224 y 243; J. Hanzak, «Gran enciclopedia ilustrada de las aves», trad. esp., Caracas, 1968, págs. 420-421. En la leyenda «La corza blanca», por seguir citando al mismo poeta, se ve claramente que el vate sevillano no distingue mucho entre «corza» y «cierva», cosa que le ocurre a otros muchos hombres de hoy día, incluso con alta titulación universitaria.

(3) V. s.v. ἔλαφος, I.

(4) Cf. Jenof., «Cineg.» 9, 1 y 9, 16, por ejemplo.

(5) En Eur., «If. Táur.» 28 esta palabra no es claramente fem. ni masc. en el texto, pero sabemos, claro está, que es fem. por la trad. que menciona una cierva. En Eur., «If. Aúl.» 1587-88 es fem., pero tampoco en modo alguno «as generic term». Creemos que no hace falta citar más para probar que lo dicho en el dicc. de Liddell-Scott es cosa inexacta.

(6) Cf., verbigracia, Hausrath-Hunger, «Corpus Fabularum Aesopiarum», vol. I, Leipzig, 1970, v. fábulas 76, 77, 78 y 79.

c) *Uno en la poesía helenística: Calim. «Himn.» 3, 99-109.*

*Reproducimos a continuación los textos y damos la traducción pertinente, antes de pasar al comentario. Cinco de estos textos fueron citados por Eliano (9) en defensa de su afirmación:*

*Sóf., fr. 89 Pearson:*

νομάς δέ τις κεροῦσσο' ἀπ' ὀρνείων πάγον  
καθεῖρην ἐλαφος .....  
.....  
ἄρασα μύξας ... καὶ κερασφόρους  
στόρυγγας εἶρφ' ἔκηλος

(9) Eliano cita los textos de Sóf., fr. 89 Pearson; Pind., «Ol.» 3, 29; Eur., fr. 740 Nauck, y Anacr., fr. 51 Bergk.

*«Un errante bestia cornigera desde abruptas colinas descendía, una cierva .....  
.....  
levantando sus beffos y las puntas de sus astas marchaba tranquila...» (10).*

*Eur., «Heracles» 375-376:*

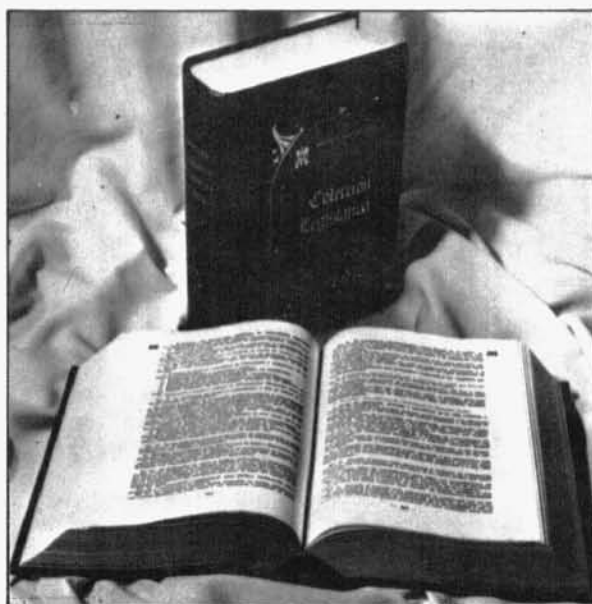
τὸν τε χρυσοκάρανον  
δόπκαν...

*«Y a la cierva de áureos cuernos...» (11)*

(10) V. Benavente, M.: «Fragmentos de Sofocles», trad. y coment., Granada, 1975, 108 págs., v. págs. 14 y 89-90.

(11) Este es el único texto en que no figura la palabra ἐλαφος, sino que aparece la rara voz δόπκη.

# COLECCION LEGISLATIVA



INDICE ANALITICO 1940-1975  
(tomos I y II)

INDICE CRONOLOGICO 1940-1975  
(tomo III)

Cuatro mil páginas en las que se sistematizan casi diez mil disposiciones sobre la materia educativa. Un instrumento útil de conocimiento en el profuso y complicado campo de las disposiciones relativas a la enseñanza durante el período 1940-1975.

Encuadernados en guaflex, color verde.  
Precio de los tres volúmenes: 6.000 ptas.

**Edita: Servicio de Publicaciones del Ministerio de Educación y Ciencia**



Venta en:

— Planta baja del Ministerio de Educación y Ciencia. Alcalá, 34. Madrid-14. — Paseo del Prado, 28. Madrid-14.  
— Edificio del Servicio de Publicaciones. Ciudad Universitaria, s/n. Madrid-3. Teléfono: 449 67 22.

Eur., fr. 740 Nauck:

ἤλθεν δ'  
ἐπὶ χρυσόκερων ἔλαφον...

«y vino contra la cierva de cuernos de oro...»

Eur., fr. 857 Nauck:

ἔλαφον δ' Ἀχαιῶν χερσὶν ἐνδήσω φίλαις  
κεροῦσσαν, ἦν σφάροντες αὐχῆσοιο σὴν  
σφάζειν θυγατέρα

«y una cierva pondré en las propias manos de los aqueos,  
cornigera, a la que sacrificando se gloriarán  
de sacrificar a tu propia hija...»

Pind., «Ol.» 3, 29:

χρυσόκερων ἔλαφον  
θῆλειαν ἄξιον

«...a capturar a la cierva de cuernos de oro...» (12)

Ancr., fr. 51 Bergk:

ἀγανῶς οἷα τε νεβρόν νεοθηλέα  
γαλαθηνόν δ' ἐν ὕλῃ κεροέσσης  
ἀπολειφθεὶς ἀπὸ μητρὸς ἐπτοῆθη.

«dulcemente cual a un cervato recién nacido  
y lactante que, abandonado en el bosque por  
su cornigera madre, se asustó.»

Simónid., fr. 30 Bergk:

θάνατον κεροέσση εὐρέμεν ματεύων ἔλαφω

«buscando hallar el muerte para la cornigera cierva.»

Calimaco, «Himno» 3, 99-109:

εὖρες ἐπὶ προμολῆσ' ὄρεος τοῦ Παρρασίοιο  
σκαίρουσας ἔλαφους, μέγα τι χρέος· αἱ μὲν ἐπ' ὄχθῃς  
αἰὲν ἐβουκολέοντο μελαμψήφιδος Ἀναόρου,  
μάσσονες ἢ ταυροί, κερῶν δ' ἀπελαμπετο χρυσός·  
ἔξαπίνης δ' ἔταφές τε καὶ ὄν ποτὶ θυμὸν ἔειπες·  
“τοῦτο κεν Ἀρτέμιδος πρωτόγειον ἄξιον εἶη.”  
πέντ' ἔσαν αἱ ποιεῖ· πίσυρας δ' ἔλες ὦκα θέουσα  
νόσφι κυνοόρομης, ἵνα τοι θοδὸν ἄρμα φέρωσι.  
τὴν δὲ μίαν Κελαδόντος ὑπὲρ ποταμοῦ φυγοῦσαν  
Ἥρης ἐνευσεῖσιν, ἀέθλιον Ἡρακλῆι  
ὑστερόν θ' ἄρα γένοιτο, πάγος Κερυνεῖος ἔδεκτο.

«encontraste, sobre las laderas del monte Parrasio,  
a las ciervas triscando, gran presa; las cuales de continuo  
pastaban a las orillas del Anauro de oscuras guijas,  
mayores que toros, y lucía el oro de sus cuernos;  
al punto te arrobaste y dijiste en tu ánimo:

«éste sería un primer botín de caza digno de Artemis.»  
Cinco eran en total; cuatro cogiste corriendo ligera  
sin jauría, para que llevasen tu rápido carruaje,  
y a la quinta, que huyó al otro lado del río Celadón,  
por designios de Hera, para que luego fuese prueba para  
Heracles, la acogió el alcor de Cerinia.»

Por supuesto, menos en el caso del texto de Píndaro y en  
el de Anacreonte, en que las palabras θῆλειαν y μητρὸς, res-  
pectivamente, hablan muy claro de una cierva, algún alma

(12) V. Benavente M.: «Píndaro, Olímpicas I a VI», Granada, 1975, 26  
págs., v. pgs. 17-18.

fiel, respetuosa a ultranza de los grandes diccionarios y de  
las grandes mentes de los sabios consagrados, podría obje-  
tar que los otros pasajes referidos contienen casos en que  
ἔλαφος es, una vez más, sustantivo epiceno bajo formas fe-  
meninas, pero que, en realidad, se habla de ciervos. La cosa  
no sería tan hacendera, sin embargo, para ese espíritu fiel y  
conservador porque, en principio (el argumento más fuerte  
lo dejamos para el final)

a) no podemos tirar frívolamente por la borda toda la  
tradición antigua que habla asimismo de ciervas para estos  
otros textos;

b) el tema y contexto de las piezas perdidas a las que  
pertenecen los pasajes de Sófocles y Eurípides nos hablan  
de una cierva, como ciervas menciona también Calimaco,  
quien, como puede apreciarse, nos da pelos y señales, tal  
es su erudita y empalagosa costumbre.

En efecto, hay que hacer la observación de que, en gene-  
ral, nos las tenemos que haber con ciervas famosas, no con  
ciervas corrientes: Pínd., «Ol.» 3, 29, Eur., «Heracles» 375-  
376 y Eur., fr. 740 Nauck se refieren, nada menos, que a la  
cierva de Heracles, la de Cerinia. Calimaco habla de dicha  
cierva y de sus cuatro compañeras, que alcanzaron menos  
dinámico y famoso cometido al vehículo de Artemis.  
Sól., fr. 89 Pearson menciona otra cierva ilustre, la que  
amamantó a Télefo (13). Eur., fr. 857 Nauck mienta a la  
cierva que sustituye a Ifigenia en el momento culminante de  
su sacrificio (14). En otras palabras: tan sólo un par de cier-  
vas de estos textos quedan en un humilde anonimato, la del  
fr. de Anacreonte y la del fr. de Simónides.

Como es natural, ya entre los antiguos llamó la atención  
toda esta caterva de astadas ciervas. Aristóteles, Pólux y  
otros lexicógrafos y el escoliasta del Pínd., «Ol.» 3, 52 echan  
su cuarto a espadas al respecto y acaban, en general, di-  
ciendo piadosamente algo así como «cosas de los poetas»,  
«es que el mundo de la leyenda y de la fantasía se apartan  
voluntariamente de la realidad» (15). Un juicio así se apoya  
también, claro está, en el hecho de que varias de estas cier-  
vas sean animales notablemente míticos, famosos desde  
centurias en su legendario marco. Por ello nada tiene de  
extraño esta unanimidad (con la excepción de Eliano, que  
queda, el pobre, en muy incómoda posición) de lo comen-  
taristas helenos: ponen la etiqueta de «mítico» y ya duer-  
men tranquilos.

Pero tampoco la crítica moderna, que nosotros sepamos,  
se ha lucido mucho más. Gildersleeve, por ejemplo, no se  
complica mucho la vida y a la hora de enjuiciar la cuerna de  
la cierva de Heracles se limita a decir «mythic does have  
mythic horns», con lo cual, pensamos, pierde una espléndi-  
da ocasión de callarse (16). Otros, como Pearson (17),  
Sandys (18) y Fernández-Galiano (19) se contentan con ci-  
tar opiniones de antiguos o modernos, pero no se definen al  
respecto. Los más, tal ocurre, verbigracia, con Nauck (20)  
y Puech (21), pasan sobre este punto en discreto silencio y

(13) Cf. verbigracia, Apolod., «Bibl.», II, vii, 4-5 y escolio a Pínd.,  
«Ol.» 3, 52.

(14) Cf. Proclo, «Crestoma.» (en «Homeri Opera» vol. V, ed. de Allen,  
Oxford, 1912 última reimp. correg. 1961), pág. 104; Eur., «If. Aúl.» 1581-  
1595 y Eur., «If. Taúr.» 24-30, como textos principales.

(15) V. los principales textos de los antiguos comentaristas recogidos en  
A. C. Pearson «The Fragments of Sophocles», Cambridge, 1917, reimp. en  
Amsterdam, 1963 (en un vol. que contiene los 3 de la ed. de Cambridge), v.  
vol. I, pág. 56. Para Calimaco v. el escolio de Calim. «Himno» 3, 102 en la ex-  
celente ed. de Pfeiffer, Oxford, 1951, pág. 62.

(16) Cf. B. L. Gildersleeve, «Píndaro, The Olympian and Pythian Odes»,  
Nueva York, 1890, reimp. Amsterdam, 1965, 395 págs., v. pág. 160.

(17) Cf. Pearson, ob. cit., lug. cit.

(18) Cf. «The Odes of Píndaro», Londres, 2.ª ed. rev. 1919, 635 págs., v.  
pág. 37.

(19) Cf. «Píndaro, Olímpicas», 2.ª ed. rev., Madrid, 1956, 342 págs., v.  
pág. 166.

(20) Cf. A. Nauck, «Tragicorum Graecorum Fragmenta», Berlín, 1888,  
reimp. Hildesheim, 1964, 1022 págs. y 44 págs. más del «Supplementum»  
de Snell, v. págs. 592 y 639.

(21) Cf. «Píndaro, tome I, Olympiques», París, 1930, 159 págs., v.  
págs. 55-56.

no afrontan en manera alguna el problema. Más altos vuelos tiene, sin embargo, Ridgeway (22), que piensa en el reno del norte de Europa y Asia, única especie de cérvidos, nos viene a decir, en que la hembra es también astada. Se trata, como podrá apreciarse, de una interpretación racionalista, pero forzada e innecesaria, según hemos de ver.

Ante todo esto conviene hacer, para terminar, unas breves puntualizaciones:

1.ª Las cornamentas de oro, como otras muchas cuernas maravillosas y típicas de las literaturas folklóricas (23), son cosa evidentemente legendaria. Hasta aquí estamos de acuerdo.

2.ª En otras literaturas populares, como la hebrea (24), se habla asimismo de ciervas con cuernos [concretamente, se menciona el empleo de la cuerna de una cierva como antídoto contra la mordedura de una serpiente (25)].

3.ª Es un hecho probado científicamente, como ya dijimos hace años (26), que a veces, de modo excepcional, las ciervas (y otras hembras de otros cérvidos que habitual y normalmente no son astadas) tienen cuernos (27). El caso, no obstante, es lo suficientemente raro y extraño como para que excite la imaginación popular y sea causa de que el hombre primitivo, de tal o cual país, lo incorpore a sus sagas, con más o menos profusión de adornos míticos. Todo lo que en el reino animal se sale de lo corriente (los casos de albinismo, de melanismo, de gigantismo, etcétera) llama la atención de las buenas gentes, que lo llevan a sus literaturas folklóricas. Y nos encontramos con muchedumbre de gigantes en este tipo de creaciones literarias, porque hay de verdad casos de gigantismo en la especie humana; y topamos con enanos en las letras populares, porque enanos existen de veras; y hallamos brujas horribles en abundancia, porque hay en la realidad viejas horribles; y surge en el folklore copia de monstruos, porque se dan en la vida real monstruos de veras; y vemos elefantes blancos en los relatos indios (28), porque existen de veras elefantes albinos (29); etcétera.

Pero a la crítica antigua y moderna en esta cuestión de las

ciervas corníferas le ha ocurrido lo que a los distraídos que se buscan las gafas o el sombrero que tienen puesto. Sí, una vez más, con la monotonía endémica en el hombre (30), los árboles no han dejado ver el bosque. Porque el que normalmente las ciervas no sean astadas no implica en modo alguno que no puedan serlo, por excepción, alguna vez. Y Eliano, seguramente, sabía esto o por lo menos lo intuía. Eliano tenía razón. Y los poetas griegos, a su modo, también, puesto que se manifiestan con cierta armonía, unanimidad y coherencia que no están del todo apartadas de la realidad zoológica y, a la par, de la tradición mítica: la cierva de Heracles tiene cuerna de oro. Es χρυσοκέρως ο χρυσοκράνος. En ello coinciden Píndaro, Eurípides y Calímaco, los tres poetas que la mencionan. No hay una voz que desentone. La cierva de Ifigenia, la de Téfelo y una pareja de ciervas más, no bien identificadas o anónimas, son más modestas. Son sólo corníferas. De ellas se dice que son κερόεσσα ο κερούσσα, pero nada más. No se ornán con metal precioso. Y todo o parte de ello se puede sustentar en las excepcionales ciervas astadas que un pueblo de tanta solera cinegética como el heleno (31) tuvo que conocer (como las conoce cualquier viejo guarda o furtivo, verbigracia, de nuestra Sierra Morena). Lo único que está reñido con la realidad es, en primer lugar, lo de las cornamentas áureas y, después, la exagerada proliferación poética de estos animales corníferos.

Y todo esto nos hace meditar y nos hace pensar que el ser especialista en griego, el ser helenista, no casa bien con ciertas miopías intelectuales, con cierto «unilateral cultivo de la personalidad humana» (en palabras de Luis Gil) (32). Porque quien en tales cosas incurra, incurrirá en errores tan obvios como confundir, por ejemplo, un ave con otra (con desprecio y olvido del inapreciable «... Greek Birds» de Thompson). Y eso, tal vez, a un poeta como nuestro Gustavo Adolfo (33) se le pueda perdonar, pero no a un helenista.

(30) A nosotros esto siempre nos recuerda los torturados y resobados «decem...menses» del verso 61 de la IV égloga virgiliana. ¿Se le ha ocurrido a alguien, antiguo o moderno, que la explicación más sencilla está en pensar que la esposa del cónsul Polión tuvo un embarazo de diez meses? Porque ello es también excepcional, pero bastante frecuente. No hace falta ser muy perito en asuntos ginecológicos para saberlo. Y, de ser esto así, nada de extraño tendría que Virgilio hiciera hincapié en lo excepcional de esta gestación con un rotundo «decem», sin necesidad de tener que especular en torno a la risa ritual que los antiguos aguardaban cuarenta días después del nacimiento de la criatura, ni de tener que hacer caso de lo que los buenos pitagóricos opinaban sobre la longitud del embarazo en la especie humana, etcétera.

(31) Cf., para Homero, L. Gil en «Introd. a Hom.», Madrid, 1963, págs. 445-449 y notas pertinentes; Wace-Stubbings, «A Companion to Homer», Londres, 1962, págs. 524 y 526; por otros autores posteriores, A. J. Butler, «Sport in Classic Times», 1930; D. B. Hull, «Hounds and Hunting in Ancient Greece», Londres, 1964; F. Brein, «Der Hirsch in der griechischer Frühzeit», Viena, 1969, entre otros. Trabajo inútil sería citar los muchos textos antiguos que podrían traerse a colación. Baste recordar que ya en las tablillas piliás (cf. C. Gallavotti-A. Sacconi, «Inscriptiones Pyliae ad Mycenaean Aetatem Pertinentes», Roma, 1961, pág. 41) aparecen una especie de registros que, seguramente, lo son de los ciervos abatidos en distintos lugares. Y desde estas tablillas, siguiendo con Homero, la lírica, Herodoto, la tragedia, Jenofonte, etcétera, hasta, por ejemplo, un Opiano, la tradición cinegética apenas queda interrumpida en momento alguno de las letras griegas.

(32) V. «Transmisión mítica», Barcelona, 1975, pág. 118.

(33) V. lo dicho en nota (2) de este trabajo.

(22) Cf. «Early Age of Greece», I, pág. 360 y siguientes.

(23) V. al respecto Stih Thompson, «Motif-Index of Folk-Literature», Bloomington-Londres, 2.ª ed., 1966, 6 vols., v. vol. I, pág. 375 y VI, pág. 392.

(24) Cf. Dov. Neuman, «Motif-Index to the Talmudic-Midrashic Literature», Ann Arbor, 1954.

(25) En la composición de la llamada «piedra viborera», que usan (al parecer con patente éxito) los naturales de Doñana, entra una roseta de cuerna de ciervo. V. Juan Antonio Fernández, «Doñana», Sevilla, 1974, págs. 55-57 y 62. Es posible que la materia córnea de las astas de este animal tenga algún poder absorbente que contribuya a neutralizar el veneno inyectado mediante la mordedura del reptil.

(26) Cf. Benavente M.: «Fragmentos de Sóf.», ya cit., pág. 90.

(27) Cf., por ejemplo, F. H. Van den Brink, «Guía de Campo de los Mamíferos Salvajes de Europa Occidental», Barcelona, 1971, pág. 157; Hennrich, «Caza mayor», Barcelona, 1961, pág. 79; F. Huerta y Ramírez-X. Palaus, «Enciclopedia de la caza», 2 vols., Barcelona, 1967, v. vol. I, pág. 42.

(28) Cf. Malalasekera, G. Peiris, «Dictionary of Pali Proper Names», 2 vols., Londres, 1937, v. vol. II, pág. 945.

(29) Cf. J. de Palleja y otros, «Enciclopedia universal de la caza», Barcelona, 1969, 2 vols., v. vol. I, pág. 428.

# BACHILLERATO



 **EDICIONES  
DIDASCALIA**

UN  
SISTEMA  
INTERDISCIPLINAR  
PARA  
CULMINAR CON EXITO